

Algunas reflexiones sobre las profecías apocalípticas

La reacción contra la sociedad abierta y la economía de la libertad

Por Mauricio Rojas

DOCUMENTOS

Este Documento es una adaptación del capítulo final del libro *Mitos del milenio: el fin del trabajo y los nuevos profetas del Apocalipsis* (CADAL/Timbro, 2004), en el cual se plantea que quien opta por la libertad opta al mismo tiempo por el cambio, la intranquilidad, la inseguridad, pero también por los frutos de la libertad. Por ello es que el avance de la libertad lleva consigo, tal como lo expuso brillantemente Karl Popper en *La sociedad abierta y sus enemigos*, el surgimiento de una voluntad contraria, un ansia de control, un deseo de detener el cambio y dar a la vida un curso previsible.

Mauricio Rojas nació en Santiago de Chile en 1950 y reside en Suecia desde 1974. Es Miembro del Parlamento de Suecia, Profesor Titular de Historia Económica (Universidad de Lund), Senior Adviser de Timbro y Director del Centro para la Reforma del Estado del Bienestar. Es autor de una docena de libros, entre ellos, *Mitos del milenio. El fin del trabajo y los nuevos profetas del apocalipsis* (2004), *Historia de la crisis Argentina* (2003), primera edición agotada. *Beyond the welfare state. Sweden and the quest for a post-industrial welfare model* (2001) y *The rise and fall of the swedish model* (1998). Es miembro del Consejo Académico de CADAL.



En el libro *Mitos del milenio: el fin del trabajo y los nuevos profetas del Apocalipsis* (CADAL/Timbro, 2003) hemos podido constatar una discrepancia asombrosa entre los mitos del fin del trabajo y la realidad del desarrollo contemporáneo. Las estadísticas allí presentadas son de fácil acceso y las verdades que hemos revelado no tienen nada de esotérico. Sin embargo, los mitos allí comentados se han transformado en verdades tan evidentes para tantos que a estas alturas no es necesario ni siquiera probarlas o documentarlas, como en el caso tristemente célebre de Viviane Forrester. ¿Por qué ocurre esto? ¿Por qué se ve tan vilipendiado un desarrollo global que, a pesar de sus problemas, ha permitido a tantos seres humanos salir de la pobreza y mejorar de manera radical sus condiciones de vida? ¿De dónde proviene esa necesidad de creer que nos hallamos al borde del abismo, cuando en verdad estamos entrando en una época de prosperidad nunca vista? ¿Por qué esta creencia morbosa en un Apocalipsis que nos acecha justamente en la era de la extensión global de la democracia, los derechos humanos, las libertades individuales y el progreso económico?

Responder en forma exhaustiva a estos interrogantes requeriría un verdadero tratado que se adentrara profundamente en la psicología humana, ya que la búsqueda del Apocalipsis ha sido un elemento constante del desarrollo de la humanidad, que se ha expresado con particular intensidad en el seno de la cultura occidental. La creencia milenarista –es decir, según el famoso texto bíblico, de estar viviendo en los días que preceden a La Gran Hecatombe y al regreso de El Redentor, que traerán el fin de la historia y el comienzo de un reino paradisíaco que durará un milenio– estuvo presente con singular fuerza en los albores del cristianismo y durante largos períodos de la Edad Media, y cobró un ímpetu renovado con el advenimiento de la modernidad, donde se plasmó en diversas doctrinas mesiánicas secularizadas, que prometían el pronto advenimiento de un nuevo paraíso terrenal después de la batalla final contra el mal, es decir, La Revolución, que liberaría definitivamente a la especie humana de toda opresión. El marxismo es la doctrina milenarista moderna más influyente y de lejos la más destructiva, con sus ideas de una sociedad armónica y, no menos, de un “hombre nuevo” –como el Che Guevara acostumbraba decir– en nombre del cual se han sacrificado a destajo los hombres imperfectos de hoy.

Esta búsqueda ancestral de La Salvación precedida de La Gran Conflagración es, sin duda, la caja de resonancia de las profecías modernas acerca de un fin catastrófico que nos espera a la vuelta de la esquina. El que esto sea así nos dice, además, que nunca faltará público para este tipo de desvaríos. Por mucho que argumentemos y pongamos los hechos sobre la mesa, habrá siempre un público anhelante de escuchar que “los últimos días” son los nuestros y que de las llamas y los sufrimientos del fin del mundo surgirá un

mundo nuevo, puro, sin padecimientos, sin luchas, sin mezquindades, sin inseguridad o, para decirlo concisamente, sin seres humanos como los que hoy pueblan el mundo.

A esta búsqueda milenarista, tan arraigada en nuestra cultura, hay que agregarle una serie de elementos más circunscritos para lograr explicar tanto la necesidad como el éxito de las profecías sobre el fin del trabajo. Importante en esta perspectiva es no olvidar aquellos grupos y organizaciones directamente interesados en manipular la opinión pública a fin de promover sus intereses particulares. Así, por ejemplo, crear el miedo a la pérdida del trabajo producto de la competencia proveniente de los países en vías de desarrollo está directamente al servicio de grupos proteccionistas –ya sean empresariales o sindicales– que pretenden cerrar los mercados nacionales a los productos importados y las fronteras del país a los inmigrantes. En general, un ambiente de temor y amenaza crea un terreno propicio para organizaciones que quieren imponer mayores regulaciones y recibir favores políticos. Así podemos fácilmente constatar la colusión de los intereses más diversos y espurios detrás de la fachada activista y popular de los movimientos contra la globalización. Los *lobbies* agrícolas de la Unión Europea y los Estados Unidos, así como los *lobbies* de una serie de sectores industriales y agrupaciones sindicales, movilizan hoy enormes recursos para mantener o acrecentar aquellas intervenciones políticas que golpean y excluyen los productos del mundo menos desarrollado, condenando así, de hecho, a mucha de la gente pobre del planeta a continuar en la pobreza. Ésta es la otra cara de esa retórica solidaria tan engañosa con la que incluso se llega a movilizar a muchas víctimas del proteccionismo y la exclusión en favor de sus victimarios.

Este problema de los grupos de presión que generando y explotando el temor logran afianzar sus posiciones es de gran importancia en América Latina, donde la colusión entre poderosos grupos de presión e intereses políticos ha sido ancestral y extraordinariamente destructiva. La agenda proteccionista y la lucha por las prebendas se hallan siempre presentes en una región donde el capitalismo tomó desde su inicio un giro premoderno, prácticamente feudal, en que el cierre de los mercados internos y su administración como si fueran feudos propios, constituyó el recurso más común para enriquecerse al precio del subdesarrollo del propio país. Dejemos, sin embargo, de lado este aspecto más craso y mezquino de la necesidad de los mitos sobre el fin del trabajo, para pasar a enfocar otros aspectos de gran importancia para entender la fuerza de atracción de los mitos aquí considerados.

La economía de mercado, que es la base del espectacular progreso de los últimos tiempos, es un sistema exigente, y la libertad económica, que es su fundamento, comporta riesgos que le son consustanciales. El cambio constante, que constituye la esencia de la economía de mercado, exige por parte de todos un estado permanente de alerta. La

creatividad de la libertad económica provoca repetidas conmociones y está claro que existe el riesgo de quedarse a la vera del camino para aquellos que crean que vivimos en un mundo estático. Por ello es que hay empresas que quiebran y países un día económicamente dominantes que se ven sobrepasados por otros. Por ello se producen crisis periódicas y momentos dramáticos, en los cuales miles de individuos se ven golpeados por el desempleo o la obsolescencia de sus profesiones. La verdad es que nada es seguro o definitivo en este escenario de cambio permanente que es una economía basada en la libertad de quienes participan en ella. Ésta es la condición básica de un progreso tan colosal como el que hemos venido presenciando desde hace ya dos o tres siglos. Pero esto mismo explica ese sentimiento de aversión o malestar hoy tan palpable y extendido respecto de este sistema de libertad que, así como da, tanto exige. Los cambios constantes pueden producir un profundo sentimiento de inseguridad y frustración, en especial cuando son otros los más exitosos y nosotros los que momentáneamente nos vemos amenazados por el progreso.

Además, el rápido cambio tecnológico y productivo propio de la economía moderna acompaña y fuerza a su vez muchos otros cambios de nuestras condiciones de vida. Ésta es la consecuencia lógica de una sociedad cada vez más libre, ya que la libertad es justamente el derecho de cada individuo a cambiar sus propias condiciones de vida y con ello la vida social en general. Quien opta por la libertad opta al mismo tiempo por el cambio, la intranquilidad, la inseguridad, pero también por los frutos de la libertad. Por ello es que el avance de la libertad lleva consigo, tal como lo expuso brillantemente Karl Popper en *La sociedad abierta y sus enemigos*, el surgimiento de una voluntad contraria, un ansia de control, un deseo de detener el cambio y dar a la vida un curso previsible. Es por ello que con la irrupción de la libertad, tanto económica como social y política, hemos visto surgir las ideologías y los movimientos liberticidas más potentes de la historia. El totalitarismo, es decir, la idea del control total, de la comunidad absoluta, de la hermandad sin límites ni disensiones internas, ha sido la culminación de una resaca poderosa y traicionera –que incluye al romanticismo y el nacionalismo clásicos– que necesariamente acompaña a aquella ola de libertad que de modo tan profundo ha revolucionado el mundo en los últimos siglos.

Ahora bien, la canalización ideológica y política de los sentimientos opuestos a la rápida expansión de la libertad individual y de la economía de mercado ha cobrado un giro profundamente pesimista y reaccionario en nuestra época. Esta circunstancia debe ser entendida de manera cabal para comprender la fuerza de las profecías de la desventura que hemos tratado de analizar en el libro “Mitos del milenio”.

Después de que la Segunda Guerra Mundial diera un fin violento a las utopías nacionalistas y racistas propias del nazismo y el fascismo, quedaron solamente la ideología comunista y los países de economías planificadas como los exponentes de un orden social alternativo que se entendía como progresista, en el sentido de superar y llevar a una culminación utópica los avances productivos, tecnológicos e intelectuales de la era capitalista y liberal. El marxismo y el movimiento comunista se concebían a sí mismos como la culminación del progreso moderno, y por ello su crítica anticapitalista y antiliberal tenía un aire optimista, que prometía un mundo nuevo y mejor. Lo que ha acontecido a partir del espectacular derrumbe de los regímenes comunistas de Europa Oriental y de la conversión acelerada al capitalismo de China es que la utopía comunista ha perdido toda credibilidad. Hay demasiados muertos, calamidades y fracasos de todo tipo que explicar para que alguien pueda realmente creer en ella.

Esta debacle de las alternativas utópicas a la sociedad abierta y la economía capitalista ha dejado a sus oponentes –y a ese sentimiento de malestar frente al avance de la libertad que ya hemos comentado– sin expresiones progresivas coherentes. Ya no hay utopías creíbles desde las cuales se pueda atacar el desarrollo moderno. Por ello predomina sólo el pesimismo, la predicción machacona del fin del mundo, del puro Apocalipsis, sin promesas, sin un nuevo mundo, sin nada más que consignas vacías acerca de que “otro mundo es posible”. A su vez, fuera de Occidente la lucha contra la libertad creciente de nuestros tiempos se canaliza cada día más bajo la forma de una reacción fundamentalista, en la que la alternativa a la modernidad liberal no es vista como un progreso sino literalmente como un regreso a algún tipo de comunidad teocrática del pasado. Mao Tse-Tung, Ho Chi Min y Pol Pot han sido reemplazados por los *ayatollahs* y los *mullas*; los guardias y los *khmers* rojos, por los talibanes y los muyahidines; las utopías sangrientas, por distopías igualmente sangrientas.

Así se ve este triste panorama en el cual antiglobalismo, antimodernismo, antioccidentalismo, anticapitalismo, antinorteamericanismo y muchos “antis” más reúnen, tanto en el seno de la cultura occidental como fuera de ella, la reacción contra la sociedad abierta y la economía de la libertad. Al respecto, el pequeño libro *Mitos del milenio: el fin del trabajo y los nuevos profetas del apocalipsis* es una modesta contribución a la resistencia necesaria contra el oscurantismo y los sentimientos destructivos que siembran los profetas de la desventura, los que, de llegar a ser creídos por muchos, pueden llevarnos a un mundo cada vez más dividido, cerrado, plagado de conflictos y de miseria tanto material como espiritual.

MITOS DEL MILENIO

El fin del trabajo y los nuevos profetas del Apocalipsis

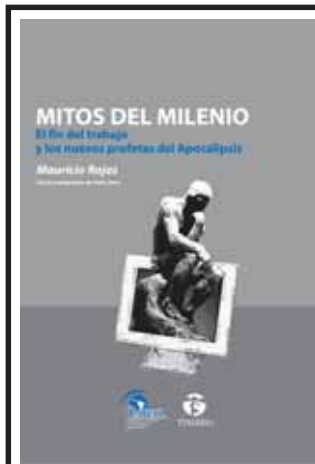
Mauricio Rojas

Con la colaboración de Pedro Isern

Demuele la falacia de que ya sea por el avance tecnológico o por la globalización, o por ambas causas, estemos frente al fin del trabajo.

Samuel Brittan, Financial Times (Inglaterra)

Adquiéralo en las principales librerías \$10.-



CONCEJO DE ADMINISTRACIÓN

Presidente: Pedro Isern Munné.

Secretaria: María Reviriego.

Tesorera: Emilce Grimi.

COMITÉ EJECUTIVO

Director General: Gabriel Salvia.

Subdirector: Hernán Alberro.

CONSEJO ACADÉMICO

Carlos Gervasoni

(Universidad de Notre Dame, EE.UU.)

Isidoro Hodara

(Universidad ORT, Uruguay)

Mauricio Rojas

(Instituto Timbro, Suecia)

Jorge Marshall

(Expansiva, Chile)

STAFF

Área Fortalecimiento Democrático: Fernando Ruiz, Mariel Julio, Mercedes Llano y Alexander Güvenel.

Área Política Latinoamericana: Matías Franchini, Santiago Alles y Verónica Domínguez Pousada.

Área Desarrollo y Comunicación Institucional: Antonela Scocco y Sergio Casais.

Representante en Uruguay: Nelson Fernández
Coordinador de Programas en Uruguay: Carlos Álvarez.

Área Administración y Finanzas: Marisa Divitto.

Ganador del 2005

*Templeton Freedom Award Grant
for Institute Excellence*

MISIÓN

El Centro para la Apertura y el Desarrollo de América Latina (CADAL), con sede en Buenos Aires, Argentina, se constituyó como Fundación el 26 de febrero de 2003 con el objetivo de promover el fortalecimiento de la democracia, el estado de derecho y las libertades económicas en los países de la región. Para tal fin, CADAL realiza actividades de análisis, investigación y difusión a través de dos proyectos especiales y de la implementación de varios programas en cuatro áreas: Política Latinoamericana, Fortalecimiento Democrático, Economía y Estado de Derecho, y Desarrollo y Comunicación Institucional.

ORÍGENES

La interpretación de la crisis argentina del 2001/2002 y su impacto regional, las debilidades institucionales en varios países y, en general, el clima de opinión pública anti-mercado en Latinoamérica luego de las reformas económicas de las décadas de los 80 y 90, fueron algunos de los motivos que llevaron a la constitución del Centro para la Apertura y el Desarrollo de América Latina. También se tuvo en cuenta la inexistencia de una ONG pro democracia y mercado que trabaje combinando análisis, investigación y difusión sobre temas políticos y económicos con una visión regional.

CONTRAPARTES

Las siguientes entidades colaboran en la realización de las actividades de CADAL: Asociación Interamericana de Periodistas de Economía y Finanzas (Capítulo Uruguayo), Atlas Economic Research Foundation (Estados Unidos), Center for Democratic-Liberal Studies (Serbia), Center for International Private Center (Estados Unidos), Comisión Argentina Pro Derechos Humanos en Cuba (Argentina), Directorio Democrático Cubano (Estados Unidos), Facultad de Comunicación de la Universidad Austral (Buenos Aires, Argentina), Instituto de Ciencia Política (Colombia), Instituto de Ciencias Políticas y Relaciones Internacionales de la Universidad Católica Argentina (Buenos Aires, Argentina), Konrad Adenauer Stiftung (Representación en Argentina), People In Need Foundation (República Checa), Probidad (El Salvador), Timbro (Suecia) y Universidad ORT (Uruguay).

Av. Roque Sáenz Peña 628 piso 2º Of. R (C1035AAO) Buenos Aires - Argentina
Tel/Fax: (54-11) 4343-1447 E-mail: centro@cadal.org - www.cadal.org